



Nacido para nosotros

La espiritualidad de la Encarnación

Hr. Christina Mülling OSF

Traducción: IFC-TOR

I. Fundación Franciscana

1.1 Francisco celebra la Navidad en Greccio



Greccio, foto: Sr. Cristina Mülling

“Francisco contempla tres misterios de la vida de Jesús y se asombra ante ellos:

- el humilde descenso de Dios en nuestra carne y en nuestra sangre en la Encarnación de Jesús,
- el humilde descenso de Jesús en las oscuras profundidades y sufrimientos de nuestra vida,
- la entrega humilde de Jesús a la humanidad en la Eucaristía.

En 1223, para poder vivir el misterio de la Encarnación de manera tangible y verlo con sus propios ojos, Francisco hizo reproducir el establo de Belén en una cueva cerca de Greccio. Quería abrazar el misterio de la Encarnación de Dios con

todo su ser. Y así, sus hermanos prepararon el lugar para la celebración de la Navidad con pesebre y paja, con buey y burro. Luego el pueblo y los hermanos celebraron la función navideña. Francisco, como diácono, leyó el Evangelio y predicó sobre el nacimiento del rey pobre.”¹ Esa celebración fue tan conmovedora que terminó con las palabras: “En ese momento el Niño Jesús volvió a nacer en el corazón de muchos”. Esta primera celebración de la Natividad en Greccio fue el origen de todos los futuros pesebres.²

Digno de recuerdo y de celebrarlo con piadosa memoria es lo que hizo tres años antes de su gloriosa muerte, cerca de Greccio, el día de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. Vivía en aquella comarca un hombre, de nombre Juan...Unos quince días antes de la Navidad del Señor, el bienaventurado Francisco le llamó, como solía hacerlo con frecuencia, y le dijo: „Si quieres que celebremos en Greccio esta fiesta del Señor, date prisa en ir allá y prepara prontamente lo que te voy a indicar. Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar, de alguna manera, con mis ojos lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno.”

1 Celano,4-8

Para Francisco, la Navidad es la gran fiesta del amor y la humildad de Dios. Aquí el infinito amor de Dios se concreta para él. Pero la Encarnación

de Jesús no es un misterio que ocurrió sólo una vez, hace más de 2000 años. Jesús también quiere nacer una y otra vez en nuestros corazones. “La Navidad es un programa de vida, un camino de vida”.

1.2 Nacido para nosotros, así somos compañeros de vida

Para Francisco el nacimiento de Jesús tiene un carácter itinerante: comenzó hace más de 2000 años y desde entonces ha continuado en los corazones y las vidas de todas las personas. Es parte de nuestra vocación como cristianos decir siempre “sí”, como María, para preparar la morada y la casa de Dios en nosotros, para traerlo al mundo a través de nuestras acciones. Francisco reconoció que el nacimiento de Jesús se nos confía constantemente a los cristianos. Cuanto más nos abrimos a ello, más nos acercamos a nuestro destino, a nuestra Encarnación. El nacimiento de Jesús en una persona es un proceso progresivo. Nuestra muerte espiritual acontece cuando el nacimiento de Dios ya no ocurre en nuestros corazones y en nuestras vidas. Para nosotros los cristianos no es suficiente saber que Jesús nació hace más de 2000 años. ¡Debemos continuar a seguir la estela del misterio de la Encarnación de Dios!

1.3 Nacido en nuestra humanidad y fragilidad

En la Segunda Carta a los Fieles, Francisco afirma que en las entrañas de María Jesús tomó carne y fragilidad humana. Esto significa que aceptó a la humanidad en toda su frágil realidad. Esta pobreza de Dios es nuestra riqueza.

Este Verbo del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el altísimo Padre del cielo por medio del santo ángel Gabriel, [fue enviado] al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la verdadera carne de nuestra humanidad y fragilidad. Y, siendo El sobremano rico, quiso junto con la bienaventurada Virgen, su Madre, escoger en el mundo la pobreza.

Segunda Carta a los Fieles, 4-5

El amor de Dios, su sí irrevocable a nosotros, se consolida en una persona y se convierte en carne y hueso. En Jesús, Dios se inclina en las más oscuras profundidades del ser humano, para traer de nuevo en su amor todo lo que se ha perdido. En la encarnación de Jesús, Dios acep-

tó todas nuestras debilidades y pecados, para encontrarnos y ayudarnos en nuestra fragilidad, pecado y debilidad.

Para describir esta realidad, Francisco utiliza tres conceptos:

- fragilitas (fragilidad, debilidad)
- debilitas (carencia, enfermedad)
- infirmitas (enfermedad, impotencia, falta de talento, debilidad de carácter, inestabilidad, timidez, falta de independencia, falta de fiabilidad).

Es realmente una completa asunción de nuestra fragilidad, un sí a nuestra realidad, sin adornos.

Una constante tentación fundamental del camino espiritual es imaginar el camino de la purificación y la encarnación de la siguiente manera:



* Reconocer mi propio pecado, mi fragilidad y debilidad, que no encajan con mi propia imagen.

* Luego darme las herramientas adecuadas: hacha, sierra, pico... etc.

* Y por último, para empezar a no cometer pecados, resistir la tentación, arrancar las malas hierbas, cortar o enterrar ciertas tendencias... y así sucesivamente.

* Y cuando por fin he dejado atrás el marasmo de mi alma, me subo a la cima de la perfección y finalmente me presento ante Dios, totalmente limpio, con una túnica blanca. Y entonces Dios dice: Porque eres tan magníficamente santo y profundamente bueno, eres digno de vivir conmigo en mi cielo. ¡Ven en la gloria del Señor! Este camino no conduce a Dios, sino sólo a la propia idolatría.

Francisco nos indica otro camino:

- Dios nos espera en lo más íntimo de nosotros mismos. El camino franciscano de la Encarnación desciende a las profundidades: en los pecados, las fisuras, las debilidades, las perversiones y el desorden.
- Se aprende a enfrentarlos, a aceptarlos responsablemente con la propia dureza, en profundidad y luego pedir a Jesús que convierta todo en su morada, y que lleve a cabo la transformación en lo más íntimo.

Es un descenso a mi verdad y mi pobreza y por lo tanto un camino de humildad. La vida espiritual no consiste en deshacerse de todo lo que no corresponde a la imagen que quisiera tener de mí mismo. Más bien, se trata de arrojar luz, sacando del armario, por así decirlo, sobre todo lo que vive y crece en la oscuridad del corazón. Sólo entonces puedo ponerlo en contacto con Jesús y permitirle ser transformado por Él. La experiencia demuestra que sólo se puede cambiar lo que se reconoce. Por otro lado, lo que lucho en mí, lo haré con todas mis fuerzas en otras personas también. Existe el peligro de convertirse en una persona dura y sin amor.

decir: esto es lo que soy, ahora tú verás cómo lidiar con ello. A menudo es mucho más fácil reprimir o negar que admitir que soy así, reconocer mis defectos, mis fracasos, mi incapacidad para disculparme o mi tendencia a culpar a los demás. A menudo es mucho más fácil luchar contra la enfermedad en mí y en los demás que aprender a amarse a uno mismo y a los demás.

En la Encarnación de Jesús, Dios también dijo su sí irrevocable a mi humanidad y fragilidad. Por lo tanto, yo también puedo aceptarme a mí mismo en mi fragilidad y saber que soy amado.

1.4 Dar vida a Cristo por medio de nuestras acciones

Si Cristo ha establecido así una habitación y morada para sí en nuestra pobreza, entonces depende de nosotros hacerlo tangible y visible a través de nuestras acciones y obras. En la Primera Carta a los Fieles, Francisco nos invita a engendrar a Cristo a través de nuestras acciones.

¡Oh, cuán dichosos y benditos son los hombres y mujeres que practican estas cosas y perseveran en ellas! Porque se posará sobre ellos el espíritu del Señor y harán en ellos

habitación y morada; y son hijos del Padre celestial, cuyas obras realizan; y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo. Somos esposos cuando el alma fiel se une, por el Espíritu Santo, a nuestro Señor Jesucristo. Le somos hermanos y hermanas cuando cumplimos la voluntad del Padre que está en los cielos. Madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor divino y por una conciencia pura y sincera, y lo alumbramos por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros.

Primera Carta a los Fieles 3-10

Dios quiere encarnarse en todos nosotros y a través de nosotros quiere venir al mundo, una y otra vez. También depende de nosotros si Dios se hace visible y tangible en este mundo o no.

En realidad, no hay duda: el amor de Dios viene todos los días y llama a la puerta de nuestros corazones, preguntándonos si puede entrar en nuestras vidas, ¿si puede ser parte de nuestras acciones! La pregunta es sólo si siempre queremos hacer espacio para ello. ¿Estamos dispuestos a dejarnos atraer más allá de nuestros límites? ¿Estamos dispuestos a arriesgarnos a la reconciliación, a permitir que las cosas funcionen, a dar crédito incluso a las personas que consideramos las más difíciles?

Cada vez que dejamos espacio al amor de Dios en nuestros corazones y en nuestras acciones, el nacimiento de Dios ocurre en nuestras vidas y en nuestro entorno. Le engendramos a través de acciones sagradas. El mundo entero espera ansiosamente a hermanos y hermanas que sean “seres humanos”, hermanos y hermanas que se han dejado transformar por Dios y que aman como Él ama.

2. La encarnación en Santa Clara

2.1 Falta de alimento celeste

Pues si un Señor tan grande y de tal calidad, encarnándose en el seno de la Virgen, quiso aparecer en este mundo como un hombre despreciado, necesitado y pobre, para que los hombres, pobríssimos e indigentes, con gran necesidad del alimento celeste, se hicieran en él ricos por la posesión del reino de los cielos, alegraos Vos y saltad de júbilo, colmada de alegría espiritual y de inmenso gozo.

Carta I a la Beata Inés de Praga 19-21

En la encarnación de Jesús, Clara también enfatiza la voluntad explícita de Dios de aceptar el desprecio, la necesidad y la pobreza de la vida humana. “No quiere abrazar la pobreza como Dios desde arriba, sino asumir él mismo el estado de pobreza; quiere hacerse humano”⁵. Dios quiere ser despreciado, necesitado y hacerse pobre para entrar en nuestra pobreza y darnos sus riquezas. Su humanidad es visible a nuestros ojos, audible a nuestros oídos y tangible en nuestras manos.

En la extrema pobreza e indigencia de la humanidad, Clara ve que la humanidad carece de alimento celeste. Incluso más que Francisco, Clara sitúa la Encarnación de Jesús en el contexto de Cristo que se hace pan en la Eucaristía. Para ella, la comunión es el supremo intercambio salvífico: al entrar en nuestra extrema pobreza, Jesús la llena de las riquezas de Dios.

2.2 El alma es mayor que el cielo

Pues es clarísimo que, por la gracia de Dios, la más noble de sus criaturas, el alma del hombre fiel, es mayor que el cielo: los cielos, con las demás criaturas, no pueden abarcar a su Creador; pero el alma fiel - y sola ella - viene a ser su morada y asiento, y se hace tal sólo en virtud de la caridad...Y así lo afirma la misma Verdad: “Quien me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y vendremos a él y moraremos en él”. (Jn 14,21-23) La gloriosa Virgen de las vírgenes lo llevó materialmente: tú, siguiendo sus huellas, principalmente las de la humildad y la pobreza, puedes llevarlo espiritualmente siempre, fuera de toda duda, en tu cuerpo casto y virginal; de ese modo contienes en ti a quien te contiene a ti y a los seres todos, y posees con Él es bien más seguro, en comparación con las demás posesiones...

Carta III a la Beata Inés de Praga 21-26

En la Carta III a Inés de Praga, Clara retoma la idea de Francisco, según la cual también nosotros somos madres de Cristo“. Lo que sucedió en María “biológica e históricamente” sigue siendo a nivel “místico y espiritual” una posibilidad real para todo creyente en Cristo: la contemplación de Dios, la encarnación de Dios, la morada de Dios en nuestra humanidad.

El amor ensancha el alma y hace posible contener a Dios que, por el contrario, toda la creación y el cielo no pueden contener. Amando a Dios,

a nosotros mismos y a nuestros semejantes - de hecho, a toda la creación - podemos preparar una morada para Dios en nuestras almas, donde Él habite. Una vez más se produce un salvífico intercambio: Aquel a quien sostenemos nos abraza. El amor que damos a los demás se convierte en don para nosotros mismos.



Sieger Köder:Greccio, Foto: Sr. Christina Mülling

II. Del conocimiento a la vida

Hagámonos estas preguntas:

- ¿Conozco a gente que es para mí testigo de la encarnación de Dios? ¿Qué me fascina de ellos?
- ¿Dónde quiero dar más espacio y aceptación a Jesús en mi vida? ¿Qué puedo hacer?
- ¿Qué personas protegen y promueven el misterio de la Encarnación en mí?
- ¿Hay también personas que perturban o ponen en peligro este misterio en mí?